HALLAZGO DEL FALAROPODO DE WILSON (*STEGANOPUS TRICOLOR*) EN COLOMBIA.

Por Armando Dugand

La familia de las Falaropódidas (*Charadriiformes.*—Sub-Orden *Charadrii*) no ha sido señalada todavía en Colombia. Por lo tanto es interesante registrar aquí por primera vez su presencia ocasional en este país con un ejemplar del Falarópodo de Wilson coleccionado cerca de Popayán, que ha llegado a nuestro Instituto como parte de un canje de pieles con el Museo de Historia Natural de la Universidad del Cauca.

Steganopus tricolor Vieillot.

Steganopus tricolor Vieillot, Nouv. Dict. d'Hist. Nat., 32, 1819, p. 136 (Paraguay; con base en el *Chorlito tarso comprimido* de Azara).

Popayán, Cauca, alt. 1760 m., 1 ♂, col. por F. C. Lehmann, Oct. 20, 1941.

Esta especie anida en la Colombia Británica, el suroeste del Canadá y la parte central y occidental de los Estados Unidos; en sus migraciones viaja a través de México, Guatemala, y las costas e islas costaneras del Ecuador y el Perú, hasta las regiones centrales de Chile y la Argentina, la Patagonia y aun las Islas Malvinas (Falkland) en el Océano Atlántico austral. Según el doctor R. C. Murphy (Ocean. Bds. South Amer., II, p. 999) el Falarópodo de Wilson no es ave tan marítima como las otras dos especies que componen la familia, siendo más adicta a los ríos y fangales del interior de las tierras. Tal predilección —comenta Murphy— se correlaciona con la estructura física del ave pues las membranas laterales de los dedos son más angostas que las del Falarópodo Rojo (*Phalaropus fulicarius*) y del Falarópodo Norteño (*Lopibes lobatus*), que son las especies esencialmente marinas de esta familia. Sin embargo, se han encontrado ejemplares de *Steganopus tricolor* en alta mar entre las Galápagos y la Isla de Pas-

cuas (Easter) a 14° 26′ de latitud S. y 100° 40′ de longitud occidental (W. B. Alexander, Auk, 44, 1927, p. 247, citado por Murphy). El hecho de que no se haya señalado la especie en los países centroamericanos que se hallan situados entre Guatemala y Colombia es motivo para sospechar que estas aves suelen cruzar el amplio trecho oceánico, de unos 2000 a 2500 kilómetros, que media entre Guatemala y las costas del Ecuador y Perú, volando sobre el mar directamente en vez de contornearlo siguiendo el sinuoso litoral de Nicaragua, Costa Rica, Panamá y Colombia. Ciertamente, el ejemplar coleccionado en Popayán constituye una excepción muy notable, tanto por ser el primero que se señala en Colombia como por la altitud del lugar donde fue encontrado, a 1760 metros sobre el nivel del mar.

El ejemplar que aquí menciono es macho; presenta el plumaje invernal de color agrisado, entre ceniciento y pardusco, en las partes superiores del cuerpo, y sus dimensiones son: ala, 120; cola, 51; culmen expuesto, 33.5 mm. Le falta un pata y la otra tiene roto el tarso. La longitud del culmen es ligeramente mayor que la máxima (33 mm.) registrada para este sexo en varias publicaciones.

Aunque las Falaropódidas pertenecen, desde el punto de vista sistemático, al grupo de aves zancudas limícolas llamadas comúnmente "aves de ribera" o "playeras", y son muy parecidas a las Escolopácidas, se distinguen de aquellas en que tienen los tarsos muy comprimidos y los dedos orlados a lado y lado por una membrana cutánea más o menos lobulada o festoneada. El plumaje de las partes inferiores del cuerpo es espeso y apretado y forma un colchón impermeable semejante al que abriga el pecho y el vientre de los patos, gaviotas y petreles. Difieren además por la notable soltura y celeridad con que nadan, lo mismo en la tranquila superficie de las marismas y lagos que en medio de las olas embravecidas del mar. Cuando viajan en sus migraciones, suelen hacerlo por alta mar y dos de las tres especies que componen la familia (*Phalaropus fulicarius* y *Lopibes lobatus*) pasan toda o gran parte de la temporada invernal lejos de la tierra firme. Son por lo tanto más marinas que terrestres.

En cuanto a las costumbres conyugales, lo interesante de las Falaropódidas es que viven bajo un régimen absolutamente ginecocrático —por decirlo así. En efecto, al contrario de lo que acontece entre la inmensa mayoría de las aves, las hembras no sólo son de mayor tamaño y ostentan plumaje de colores mucho más vistosos que los machos en la época de cría, sino que cuando se inicia el celo son ellas

las que buscan y persiguen a los machos y rivalizan combatiendo entre sí con notable agresividad por la conquista de su compañero. Tan extraña inversión de las actividades propias del sexo no termina allí, pues el macho se ocupa también de hacer el nido, incubar los huevos y cuidar solícitamente los polluelos llevándoles el alimento. Después de poner los huevos, las hembras suelen reunirse en bandadas en los pantanos próximos a los nidos sin preocuparse mucho por la suerte de sus crías ni de sus consortes. Sin embargo, su instinto maternal no está del todo atrofiado, según parece, pues cuenta Arthur A. Allen (Book of Birds, vol. I, p. 285) que mientras él estudiaba una colonia de Falarópodos de Wilson (*Steganopus tricolor*) en la parte occidental de Manitoba, observó que todas las veces en que, por alguna circustancia, huían espantados los machos que se hallaban incubando, las hembras acudían volando desde los pantanos vecinos en actitud de averiguar lo que ocurría. En uno de los nidos que Allen observaba, esta aparente solicitud maternal de la hembra irritaba al macho a tal punto que cada vez que ella se acercaba a distancia de unos dos metros del nido, él la rechazaba embistiéndola y dándole picotazos en la cabeza. Constituye éste un ejemplo muy curioso de defensa ahincada, por el macho falarópodo, de una de las tantas funciones y fueros esencialmente "femeninos" que la naturaleza le ha impuesto con inescrutable capricho y con trastrueque de las normas biológicas generales.